

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO XIII**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

# Índice de contenido

## Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. XIII

La tragedia de Mr. Higginbotham (Nathaniel Hawthorne)

Eres tú el asesino (Edgar A. Poe)

El misterio del caso Traylor (Abraham Lincoln)

La caza (Charles Dickens)

Mr. Bucket, detective (Charles Dickens)

I. Amistad leal

II. Siguiendo la pista

III. Estalla una bomba

Una desaparición (Emile Gaboriau)

I

II

III

IV

V

El emperador púrpura (Robert W. Chambers)

I

II

III

En la niebla (Richard Harding Davis)

El hombre superior (O'Henry)

Magnetismo personal (O'Henry)

Muerte misteriosa en la Percy Street (Baronesa de Orczy)

I

II

III

El misterio del doble asesinato del expreso de Edimburgo (Freeman Wills Crofts)

El sello de tres puntas (Baronesa de Orczy)

I

II

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[El problema de la pista de tenis \(Jesús y César-E. Díaz\)](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Las estrellas vienen de cara \(León - Ignacio\)](#)

[Un caso extravagante \(Carlos González Castresana\)](#)

[Notas](#)

## LA TRAGEDIA DE MR. HIGGINBOTHAM

Nathaniel Hawthorne

Por la carretera que, partiendo de Morristown, lleva hasta la aldea de Parker's Falls, a orillas del Salmon River, avanzaba aquel día un gallardo joven que se dedicaba a la venta ambulante de tabaco. Nuestro personaje iba en un carrito de color verde, en el cual se había pintado a ambos lados una caja de cigarrillos y en la parte trasera un jefe indio con una rama de tabaco y una pipa en la mano. El joven, que conducía una yegua de fina estampa, era persona de excelente carácter, jovial, ingenioso y hábil en los negocios. Era popular, principalmente, entre las lindas jovencitas de Connecticut, cuyos favores procuraba obtener por medio de regalos del mejor tabaco que llevaba. No obstante, como ya veremos en el transcurso de esta historia, el joven era también curioso en demasía, un tanto charlatán, y se desvivía por conocer cuentos y noticias que narrar otra vez a toda la gente.

Tras de haber desayunado en Morristown casi al amanecer, el vendedor de tabaco, que se llamaba Dominicus Pike, llevaba ya recorridas siete millas a través de un paisaje de bosques, sin haber podido cruzar una palabra con nadie a no ser consigo mismo o con su yegua. Eran cerca de las siete y nuestro joven sentía tantos deseos de echar una parrufada matinal como un tendero de la ciudad de leer su

periódico. Acababa de encender su cigarro con una lupa, cuando de improviso pareció presentársele una buena ocasión de hablar con alguien; por la ladera de la colina, ante cuya falda había detenido el vendedor su carruaje, se acercaba con paso rápido un caminante. Dominicus le observó, advirtiéndole que llevaba al hombro un palo o bastón de cuyo extremo colgaba un hatillo y que avanzaba con paso fatigoso pero firme. Su aspecto daba a entender que no se había puesto en camino aprovechando el fresco matinal, sino que llevaba toda la noche andando y que pensaba hacer lo mismo durante el resto del día.

—Buenos días, amigo —dijo Dominicus cuando el desconocido estuvo a una distancia desde la que podía oírle—. Buen paso llevamos. ¿Qué noticias trae de Parker's Falls?

El así interpelado se caló con una mano el sombrero hasta los ojos y respondió con alguna aspereza que no venía de Parker's Falls, lugar que el vendedor ambulante había mencionado por ser la próxima etapa de su viaje.

—Bueno, es igual —contestó Dominicus Pike—. Explíqueme las últimas noticias del sitio de donde usted venga, sea el que fuere. Realmente no es que sintiera predilección por Parker's Falls.

Al verse importunado de esta forma, el desconocido —que tenía tal facha que ninguna persona prudente hubiera querido encontrarse con él en un lugar desierto— pareció vacilar un momento, ya fuese rememorando algunas noticias o quizá reflexionando sobre la conveniencia de darlas a conocer. Por último, se apoyó en la vara del carricoche y empezó a susurrar algo al oído de Dominicus, aunque lo cierto era que nadie, ni aun hablando a gritos, hubiese podido oírle en aquellos parajes.

—Ahora recuerdo —dijo— una noticia que acaso le interese. El viejo *Mr. Higginbotham* ha sido asesinado anoche a las ocho en su huerto por un irlandés y un negro. El pobre hombre fue colgado de la rama de un peral y es seguro que nadie le habrá encontrado hasta esta mañana.

En cuanto hubo espetado tan terrible noticia, el desconocido reemprendió de nuevo su camino más apresuradamente aún que hasta entonces, sin volver siquiera la cabeza cuando Dominicus le invitó a gritos a fumar un buen cigarro español, pidiéndole, a la vez, detalles sobre el suceso. Al ver que no volvía, el vendedor ambulante azuzó a su yegua y comenzó a subir la colina pensando en el horrible fin de *Mr. Higginbotham*, a quien conoció en alguno de sus viajes y a quien vendiera varios paquetes de buen tabaco. Al mismo tiempo, empero, sentíase extrañado de la rapidez con que se había propagado la noticia. Kimballton se hallaba a sesenta millas en línea recta, el asesinato había sido cometido la noche anterior a las ocho y Dominicus se enteró de él a las siete de la mañana siguiente, es decir, a la hora en que, aproximadamente, la familia del pobre señor Higginbotham, en presencia de su cadáver colgado de la rama del peral, estaría horrorizada. El desconocido caminante debía tener, sin duda, botas de siete leguas para haber cubierto semejante distancia en tan corto espacio de tiempo.

“Es verdad que, como dice el refrán, las malas noticias vuelan. Pero en esta ocasión, desde luego, han ido mucho más de prisa que el ferrocarril. Ese individuo desempeñaría un buen papel difundiendo por el país el mensaje del Presidente”.

Por último, Dominicus resolvió el problema pensando que, de seguro, el caminante se había equivocado en una fecha. Tranquilizado y convencido de este modo, nuestro héroe no vaciló en referir la historia del asesinato en todas las posadas y tiendas del trayecto, vendiendo, sin embargo, un mazo de cigarros españoles por lo menos en veinte horrorizados auditorios. Pero ocurría que siempre era él el primero en anunciar la asombrosa noticia y en todas partes se veía asediado de tal forma a preguntas que no pudo evitar ir ampliando, poco a poco, el asunto con nuevos detalles, hasta convertir el suceso, tal como a él se lo habían contado, en una completa y emocionante historia. Hasta

llegó a obtener un testimonio que corroboraba la realidad del relato. *Mr. Higginbotham* era comerciante, y un antiguo dependiente de él, a quien *Dominicus* explicó lo acontecido, le dijo que el anciano solía volver a su casa, al atardecer, a través del huerto, llevando consigo el dinero y valores de la tienda. El dependiente, empero, manifestó escasa pena por el trágico fin de *Mr. Higginbotham*, dando a entender a *Dominicus* que él también había comprobado en sus relaciones con el muerto que éste era un viejo adusto y arisco y avaro como un judío. Todos sus bienes los heredaría una sobrina muy guapa, que a la sazón desempeñaba una plaza de maestra en *Kimballton*.

Explicando la noticia para satisfacción de sus oyentes y efectuando negocios en su beneficio, *Dominicus* se había detenido tanto a lo largo del camino, que decidió pasar la noche en una posada situada a unas cinco millas de *Parker's Falls*. Después de la cena encendió uno de sus mejores cigarrillos y comenzó a repetir la historia del asesinato, la cual, con el paso de las horas, había aumentado de tal modo que su relato requería treinta minutos como mínimo. En la sala baja de la posada habría una veintena de personas, diecinueve de las cuales tomaron las palabras del vendedor ambulante como artículo de fe. La vigésima, por el contrario —un granjero de cierta edad, que había llegado hacía poco y que estaba sentado en una esquina mientras se deleitaba fumando su pipa—, cuando la historia dio a su fin se levantó pausadamente, puso su silla frente a la de *Dominicus* y le miró con desdén, disipando con una mano el humo que el vendedor ambulante acababa de echar por la boca.

—¿Sería usted capaz de asegurar que, en efecto —inquirió con el mismo tono inquisitivo que pudiera emplear un tribunal—, el viejo juez de paz *Higginbotham*, de *Kimballton*, ha sido asesinado en su huerto la penúltima noche y encontrado ayer por la mañana colgado de una de las ramas de sus perales?

—Yo, señor, explico la historia tal como me la contaron —repuso Dominicus tirando al suelo la colilla de su cigarro—. No he dicho que lo haya visto y, por consiguiente, no podría jurar que *Mr. Higginbotham* haya sido asesinado como acaban de oír.

—Yo, en cambio, sí que puedo jurar —dijo el granjero— que si *Mr. Higginbotham* fue asesinado anteanoche, yo he bebido esta mañana una copa de bitter con su fantasma. Como es mi vecino, esta mañana, cuando yo pasaba a caballo, me hizo entrar en la tienda, me invitó a una copa y luego me pidió que le hiciera un encargo en la carretera. En mi opinión, no tenía ni la menor idea de su asesinato.

—¡Pero entonces la cosa no puede ser cierta! —exclamó Dominicus Pike.

—Yo, por lo menos, me imagino que *Mr. Higginbotham* se hubiese referido a ello en caso de ser verdad —contestó en tono malicioso el viejo granjero.

Tras lo cual, volvió a llevar su silla hasta el rincón, dejando a Dominicus avergonzado y sin saber qué decir.

¡He aquí una resurrección bastante necia de *Mr. Higginbotham*! El vendedor ambulante no se atrevió ya a volver a intervenir en la conversación; se consoló a sí mismo con un vaso de ginebra y agua y se fue a la cama, donde, durante toda la noche, estuvo soñando con gentes colgadas de la rama de un peral. Con el objeto de evitar un nuevo encuentro con el granjero —a quien aborrecía de tal manera que su asesinato lo hubiera cambiado por el de *Mr. Higginbotham*—, Dominicus se levantó al salir el sol, enganchó la yegua al carricoche y, a buen trote, tomó el camino de Parker's Falls. La brisa de la mañana, el rocío de la carretera y la espléndida alborada estival reanimaron su espíritu, y acaso se hubiera aventurado de nuevo a contar la terrorífica historia del asesinato de *Mr. Higginbotham* de haber allí alguien dispuesto a escucharle. En todo el camino, empero, no se cruzó ni con una pareja de bueyes, un carro, una silla de postas, un jinete o un cambiante; sólo cuando cruzaba

precisamente el Salmon River vio venir en sentido contrario a un hombre que andaba de modo penoso y llevaba al hombro un palo con un hatillo atado a su extremo.

—Buenos días, amigo —saludó el vendedor ambulante tirando de las riendas de su yegua—. ¿Viene de Kimballton o de algunos de los lugares vecinos? De ser así, bien me podría decir qué hay de verdad sobre *Mr. Higginbotham*. ¿Ha sido, en efecto, asesinado hace dos o tres noches por un irlandés y un negro?

Dominicus había hablado demasiado de prisa para tener tiempo de advertir que el desconocido tenía también en sus venas una buena dosis de sangre negra. Al oír esta súbita pregunta, el así interpelado pareció mudar el color de su piel; su tez amarillenta adquirió un tono blanco fantasmal, a la vez que temblando y con voz entrecortada decía:

—¡No! ¡No! ¡No es verdad! En eso no ha intervenido nadie de color. Fue un irlandés quien le colgó la última noche a las ocho. Yo abandoné el lugar a las siete. Seguro que su familia no ha encontrado aún el cuerpo del asesinado en el huerto.

En cuanto hubo acabado de dar la noticia, el mestizo interrumpió la conversación de repente y, a pesar de que antes parecía bastante fatigado, echó a andar con paso tan rápido que, para seguirle, Dominicus hubiera tenido que poner su caballo al trote. El vendedor ambulante se quedó inmóvil a sus espaldas, sumido en la más absoluta perplejidad. Si el asesinato no se cometió hasta el martes por la noche, ¿quién era el profeta que lo había predicho con todos sus detalles el martes por la mañana? Si el cuerpo de *Mr. Higginbotham* no había sido aún descubierto por su familia, ¿cómo podía saber el mestizo, el cual se hallaba a más de treinta millas de distancia, que estaba colgado de un árbol en el huerto? ¿Cómo, sobre todo, podía saberlo, si había abandonado Kimballton antes de que el pobre viejo fuera asesinado? Todas estas extrañas circunstancias, uni-

das a la sorpresa y el terror del desconocido, hicieron reflexionar un momento a Dominicus sobre la conveniencia de dar la voz de alarma y de hacer perseguir al mulato como cómplice de asesinato, puesto que ahora ya no cabía la menor duda de que, en efecto, se había cometido un asesinato.

“Dejemos que se vaya el pobre diablo —rectificó, no obstante, el vendedor ambulante—. No quiero que caiga sobre mi conciencia su sangre negra y, además, por mucho que se le mate, no se conseguiría hacer resucitar a *Mr. Higginbotham*. ¡Ahorcar al pobre viejo! Ya sé que es un pecado, pero la verdad es que le odiaría de modo furioso si recobrarla la vida por segunda vez, dejándome por embustero”.

Absorto en estas reflexiones, Dominicus llegó con su carricoche a la calle principal de Parker's Falls, que, como es bien sabido, es una aldea que debe su riqueza a tres factorías algodoneras y a una serrería. Cuando nuestro héroe llegó a la cuadra de la posada para instalar allí a la yegua, aún no habían empezado a funcionar las máquinas y sólo unas pocas tiendas habían abierto sus puertas. Una vez que hubo encargado el pienso para su fiel compañera de viaje, lo primero que hizo Dominicus fue notificar al posadero el asesinato de *Mr. Higginbotham*. Sin embargo, en esta ocasión consideró más prudente no insistir demasiado en la fecha del suceso, ni precisar tampoco si el crimen había sido cometido por un negro y un irlandés o sólo por el hijo de la Verde Erín. Por añadidura, evitó alegar en apoyo de la veracidad del relato su autoridad o la de cualquier otra persona, dando a entender solamente que se trataba de una noticia muy conocida.

La historia se propagó por toda la aldea con la velocidad del rayo, convirtiéndose en objeto general de todas las conversaciones, sin que nadie pudiera decir de qué fuente procedía la noticia. *Mr. Higginbotham* era, efectivamente, tan conocido en Parker's Falls como cualquier otro vecino

del lugar, por ser copropietario de la serrería y poseer gran cantidad de mercancías en las factorías algodoneras. Por esta razón, a los vecinos de Parker's Falls les pareció que su propia seguridad se hallaba en juego en este caso. Tal fue la sensación producida por la noticia, que el periódico local, la "Parker's Falls Gazette", publicó una edición extraordinaria, encabezada a grandes titulares con las siguientes palabras: "HORROROSO ASESINATO DE MR. HIGGINBOTHAM". Entre otros escalofriantes detalles, el periodista describía la señal dejada por la cuerda en el cuello del asesinado; precisaba que la cantidad robada ascendía a mil dólares y hacía notar con complacencia el dolor de la sobrina, que desde que había sido descubierto el cuerpo de su tío colgado del árbol y con los bolsillos vueltos hacia afuera, no hacía sino desmayarse continuamente. El poeta del lugar, por su parte, compuso una balada de diecisiete estrofas dedicadas a cantar el dolor de la bella joven. Los representantes del municipio, en suma, teniendo en cuenta los intereses de mister Higginbotham en la aldea, resolvieron publicar edictos ofreciendo una recompensa de quinientos dólares por la detención de los asesinos y la recuperación de la suma robada.

A todo esto, la población de Parker's Falls, compuesta de tenderos, patronas, obreras de las factorías, aserradores y escolares, se había lanzado a la calle y hablaba con tal entusiasmo, que ella sola bastaba para compensar el silencio de las máquinas algodoneras, que aquel día no funcionarían como señal de duelo por el muerto. Si a *Mr Higginbotham* le hubiese preocupado su fama después de muerto, es seguro que su prematuro fantasma se hubiese sentido muy satisfecho en medio de aquel alboroto. Por su parte, nuestro amigo *Dominicus*, halagado en su vanidad, olvidó todos los anteriores titubeos y, subiéndose a la fuente del pueblo, comunicó a toda la gente que él había sido el que trajera la sensacional noticia a la población. Sin casi advertirlo, se convirtió en el hombre del día y comenzó a contar,

lógicamente, una nueva versión de la historia con voz engolada, como la de un predicador en media del campo, cuando, en ese momento, la diligencia hizo su aparición en la calle principal de la aldea. El vehículo había viajado sin parar durante toda la noche y tenía que haber cambiado los caballos en Kimballton a las tres de la madrugada.

—¡Ahora podremos saber todos los detalles! —gritó la muchedumbre.

La diligencia avanzó con estrépito hasta situarse ante la posada seguida de más de mil personas, puesto que, si hasta aquel momento alguien aún había estado dedicado a sus negocios, ahora todos abandonaron lo que tenían entre manos y corrieron a escuchar las novedades. El vendedor ambulante, que iba delante de todos, descubrió en seguida a dos viajeros, los cuales se vieron trasladados inmediatamente desde su confortable siesta hasta el centro de una multitud en la que todos hablaban a la vez. Cada uno hacía las preguntas que le interesaban, a la vez y a voz en cuello, de modo que la pareja estaba aturdida y sin acertar a decir nada, a pesar de que los viajeros eran un abogado y una muchacha.

—¡*Mr. Higginbotham!* ¡*Mr. Higginbotham!* ¡Expliquenos los detalles sobre el viejo *Mr. Higginbotham!* —gritaba la muchedumbre—. ¿Cuál ha sido el veredicto del juez? ¿Han descubierto ya a los asesinos? ¿Ha salido de su desmayo la sobrina de *Mr. Higginbotham?* ¡*Mr. Higginbotham!* ¡*Mr. Higginbotham!*

El mayoral no pronunciaba una palabra y soltaba espantosas maldiciones porque el posadero no le traía los caballos de fresco que había pedido. El abogado, que, por lo común, tenía siempre sus cinco sentidos alerta, aun cuando dormía, la primera cosa que hizo, luego de que se hubo informado del motivo de aquella agitación, fue sacar una carpeta de gran tamaño. Mientras tanto, *Dominicus*, que era un hombre sumamente cortés y que comprendía que una mujer narraría la historia mejor y con más detalles que un

abogado, ayudó a salir a la joven del carruaje. Ésta era una muchacha esbelta y elegante, de aspecto vivo y despierto, y con una boca tan linda que Dominicus hubiera oído con más agrado un cuento de amor que la explicación de un asesinato.

—¡Señoras y señores! —decía mientras tanto el abogado a los comerciantes, aserradores y obreras—. Puedo asegurarles que toda esta excitación ha sido provocada por un error incomprensible o, con mayor probabilidad, por una premeditada falsedad, cuyo objeto es desprestigiar a *mister Higginbotham*. Hemos pasado por *Kimballton* a las tres de esta madrugada y es cosa segura que hubiéramos sido informados del asesinato, de haber sido cometido éste en efecto. Pero, por si no fuera bastante eso, dispongo de pruebas tan irrefutables como el mismo testimonio oral de *Mr. Higginbotham* de que nada de lo que por todas partes se dice es cierto. Aquí tienen ustedes una nota referente a un pleito suyo en *Connecticut*, que me ha sido entregada personalmente por *Mr. Higginbotham*. Como pueden ustedes comprobar, está firmada a las diez de la pasada noche.

Y, a la vez que decía esto, el abogado enseñaba la fecha y firma de la nota, la cual demostraba sin lugar a dudas que o *Mr. Higginbotham* estaba vivo cuando la escribió o —como algunos pensaban con malicia— se hallaba tan absorbido por los negocios que proseguía sus transacciones incluso después de muerto. Pero, por si todo esto no fuera suficiente, de improviso se presentó un inesperado testigo. La joven de la diligencia, tras oír las explicaciones del vendedor ambulante, se detuvo sólo un instante para poner en orden su vestido y arreglarse el pelo y, luego, se dirigió hacia la puerta de la posada, desde la cual hizo un gesto pidiendo atención.

—Buena gente —manifestó—, ¡yo soy la sobrina de *Mr. Higginbotham*!

Un murmullo de admiración y sorpresa corrió por entre la multitud al ver tan linda y risueña a la misma persona

que, según la "Parker's Falls Gazette", hubiera debido hallarse aquejada de incesantes desmayos y al borde de la muerte, aunque también es cierto —justo es decirlo— que algunos escépticos dudaban de que una mujer joven y hermosa se desesperara de modo tan inconsolable por la muerte de un tío rico de quien ella era la única heredera.

—Por tanto, podéis ver bien que toda esta historia no tiene el menor fundamento por lo que a mí respecta y lo mismo puedo aseguraros en lo que concierne a mi querido tío *Mr. Higginbotham*. Aunque trabajo como maestra en una escuela, mi tío tiene la liberalidad de darme hospitalidad en su propia casa. Esta mañana salí de Kimballton con el objeto de pasar el fin de semana con un amigo, a unas cinco millas de Parker's Falls. Cuando me oyó bajar las escaleras, mi generoso tío me llamó al lado de su cama y me entregó dos dólares y cincuenta centavos para que pagara mi viaje en la diligencia y un dólar para mis gastos personales. Luego volvió a guardar la cartera debajo de la almohada, me estrechó la mano y me aconsejó que llevara algo de comer en el equipaje y que no almorzara en el camino. Así, pues, estoy casi segura de que dejé a mi tío completamente vivo cuando me fui y confío en encontrarle en el mismo estado cuando vuelva.

La joven hizo una reverencia cuando concluyó su breve discurso, el cual había sido tan expresivo, bien construido y pronunciado con tal viveza y desenvoltura, que todos los oyentes pensaron que la muchacha era digna de dirigir el mejor colegio de todo el país. Un extraño hubiera podido presumir, empero, que *Mr. Higginbotham* era objeto de un odio implacable en Parker's Falls y que lo que hasta aquel momento se había celebrado era, en realidad, una acción de gracias en honor de sus asesinos. Tal fue, en efecto, la cólera que dominó a los vecinos de la aldea al enterarse del error que habían cometido, que los aserradores decidieron rendir públicos honores a *Dominicus Pike*, dudando únicamente entre embrearlo y emplumarlo, colocarle sobre